

Pierre Salinger

HABLA EL "HOMBRE DE LOS KENNEDY"

Cara redonda. Fuma grandes puros habanos. Lleva trajes de corte casi europeo y vive temporalmente en París en una pequeña y lujosa casa blanca de estilo colonial. Es un norteamericano y se llama Pierre Salinger. Fue periodista antes de convertirse en el íntimo del "clan" y en secretario de prensa de John Kennedy. Con cuarenta y tres años, su carrera es ya la de un viejo lobo de la política: candidato desafortunado en las elecciones senatoriales de 1964, se puso de nuevo al servicio del "clan" con motivo de la campaña presidencial, trágicamente interrumpida, de Robert Kennedy, y actualmente dirige en Europa la campaña del candidato demócrata Hubert Humphrey. Su madre, francesa, emigrada a San Francisco en 1922, era hija de un diputado socialista (1906-1910) de Brest. Salinger se ha casado con otra francesa, Nicole Gilman, y tiene un hijo, Gregory, de dos años y medio. Presidente del consejo de administración de una compañía norteamericana de inversiones, se ha instalado en París por un año. Acaba de terminar un libro que aparecerá el mes que viene en Nueva York. Título: "A tribute to John Kennedy".

• Para un norteamericano, ¿qué es Norteamérica?

—Es... Es un país inmenso, una gran potencia, y hoy en día un país un tanto enfermo.

• ¿Un tanto solamente?...

—Enfermo: La mayor enfermedad está en las relaciones entre las razas. La desafección de los jóvenes arranca de ahí. No comprenden que se continúe una política caduca. Quieren un cambio radical. Principalmente una solución capaz de asimilar a la vida norteamericana a veinticinco millones de negros, que se les den las mismas oportunidades que a los blancos. Esta es la base de la campaña electoral de mil novecientos sesenta y ocho que está estrechamente ligada al problema de Vietnam, porque, evidentemente, hoy resulta imposible actuar en Norteamérica sin terminar con esa guerra.

• Y no sólo por razones de créditos: el sistema de reclutamiento está basado en la desigualdad social y racial. Hay menos del diez por ciento de negros en la población norteamericana, pero más del veinte por ciento de los soldados de Vietnam son negros. Siendo pobres, siendo negros, si no se tiene la posibilidad de ir a la Universidad existen tres o cuatro posibilidades más de ir al ejército. Es un problema moral. Cuando los negros jóvenes regresan de Vietnam, donde han pasado dos años combatiendo por la "democracia", se preguntan dónde está esa democracia en su país. También se trata, por supuesto, de una cuestión de dinero: no se pueden gastar treinta y cinco mil millones de dólares en Vietnam cada año y a la vez hacer las cosas que hay que hacer en las grandes ciudades norteamericanas. El propio presidente Johnson ha elaborado programas excelentes, pero el año pasado suprimió los créditos destinados a esos programas y el dinero se fue a Vietnam...

• ¿Y el tercer «cáncer» de América, la violencia?...

—La violencia siempre ha formado parte del alma norteamericana. Norteamérica es un país de pioneros, un país que ha empujado hacia el Oeste, y en el que los hombres han estado siempre orgullosos de poder ir de un sitio a otro solos con su fusil. El ser «completo», que no tiene necesidad de nadie...

• Pero la violencia que se nos ha llevado a un Presidente, luego a un hombre que iba a ser Presidente, después al jefe moral de los negros... es, sin duda, otra cosa. Si hubiera valor simplemente, como se viene pidiendo desde hace diez años, para votar leyes contra la posesión de armas se hu-

berían podido evitar muchas cosas. Pero los norteamericanos consideran que si se les quita su fusil se les quita un poco de su... virilidad. La "National Rifle Association" es extremadamente poderosa: tiene un millón de miembros. En los Estados en que se caza mucho es raro encontrar un senador o un miembro de la Asamblea Nacional que no pertenezca a ella. Esta Asociación tiene también conexiones con los miembros del Congreso: ellos son los que ponen obstáculos. Sin embargo, las medidas que hemos preconizado no son extremas. Se trata, primero, de que no se puedan comprar fusiles por correspondencia. A John Kennedy lo mataron con un fusil enviado de Chicago a Dallas por correo. Se trata, después, de que las personas condenadas a penas de cárcel no tengan derecho a comprar fusiles: el pastor King fue asesinado por un hombre evadido de la cárcel y que había comprado un fusil. Se trata, por último, de que los que no son ciudadanos norteamericanos no tengan derecho a poseer fusiles: al senador Robert Kennedy lo mató un hombre que era ciudadano de Jordania.

dirige la campaña de humphrey

• Aparte de sus actividades privadas, usted es actualmente responsable de la campaña presidencial de Humphrey en Europa. Esto puede sorprender a usted, que ha sido durante años «el hombre de los Kennedy».

—Es cierto. He estado contra el vicepresidente Humphrey durante toda la campaña... hasta ahora. Apoyé primero a Robert Kennedy y, en la Convención, a Georges McGovern. Mi objetivo principal era el final de la guerra en Vietnam y, a mi modo de ver, es imposible arreglar ese asunto sin cesar los bombardeos sobre Vietnam del Norte.

• Usted me pregunta que por qué trabajo para Humphrey. Por dos razones. Primero, yo creo, en política, en los dos partidos tradicionales: no veo soluciones al problema americano fuera de ellos. Luego, y a diferencia de ustedes, encuentro que, pese a todo, hay grandes diferencias entre mister Humphrey y mister Nixon. Por ejemplo, Nixon ha tomado ya posición contra el tratado sobre la no-prolifерación de armas atómicas. Humphrey ha declarado que está totalmente a favor de él. Esto es esencial. Además, pienso que si ayudo al vicepresidente Humphrey, al que estoy ligado desde hace tiempo, quizá pueda te-



ner algo de influencia en su política vietnamita, y esto es lo que me interesa antes que nada.

• Una parte de la opinión mundial, incluso entre los liberales, piensa que Nixon tiene quizá más posibilidades que Humphrey de lograr que los norteamericanos acepten el cese de la guerra en Vietnam. ¿Qué piensa usted?

—Hay que decir que, estudiando la historia de los Estados Unidos y la historia reciente del mundo, se puede llegar a esta conclusión: los conservadores se pueden permitir más cosas cara a la opinión. Como Eisenhower en Corea o De Gaulle en Argelia.

• Por razones que no están bien definidas, los demócratas han sido siempre sospechosos de estar ligados con los comunistas, cosa que no se concibe en un republicano. Por eso tiene las manos más libres. Es bastante cierto... Pero en los discursos de mister Nixon no hay nada que me dé la impresión de que no prevé todavía una solución militar en Vietnam. Y esto es imposible. Sigue hablando de aumentar el esfuerzo de guerra, caso de que las conversaciones de París no resulten... Además, mister Nixon no es mister Eisenhower. Eisenhower era un héroe nacional; Nixon es un pequeño burgués. Casi ha llegado a ser Presidente, fue derrotado para el cargo de gobernador, ha estado en todos los bandos, ha adoptado todas las posiciones políticas, está al sol que más calienta, y para mí sería un presidente muy peligroso, porque es un impulsivo.

wallace, un hombre peligroso

• ¿Y el «tercer hombre»?

—Mister Wallace es también un hombre muy peligroso. Su fuerza no está tan sólo en el Sur. Un reciente sondeo ha mostrado que ha ganado muchos votos en los sindicatos del Norte. ¿Cómo? Las cifras lo explican: en los Estados Unidos hay entre tres y medio y cuatro por ciento de parados, lo que no es excesivo para un país de esta envergadura. Pero entre los negros hay un veinte por ciento de parados, o sea, que casi todos los parados son negros. Si se concede a los negros las mismas posibilidades de acceso al trabajo que a los blancos es muy posible que los blancos pierdan su puesto a causa de la guerra, y esto asusta a los blancos. En Norteamérica hay todavía sindicatos (impresores, electricistas, fontaneros, etcétera) prohibidos a los negros. Y mister Wallace da a los blancos la esperanza de que este estado de cosas puede durar.

• También está el problema de la segregación en las escuelas. En el Norte se ha empezado a meter a los blancos en autobuses y a enviarlos a escuelas integradas en un setenta por ciento de negros para intentar equilibrar las cifras. También esto asusta a muchas familias blancas. Y mister Wallace explota todo esto. Hay que decir que el propio mister Nixon, pese a que aprobó la decisión del tribunal supremo de mil novecientos cincuenta y cuatro prohibiendo la segregación en las escuelas, no pensó de que les retiren los créditos, ha declarado últimamente que, si resulta elegido, está dispuesto a alimentar con dinero federal las escuelas segregacionistas...

• Volviendo a mister Wallace: su demagogia no

BANCO URQUIJO

**DESDE AHORA A SU SERVI-
CIO LAS 24 HORAS DEL DIA**



Fuera de las horas de oficina, nuestro **REGISTRADOR DE MENSAJES** recogerá sus instrucciones, haciéndolas llegar a primera hora de la mañana siguiente a la persona indicada.

**Para utilizar este servicio
marque los siguientes nú-
meros:**

231 97 07

231 97 09



BANCO URQUIJO

UN SIGLO DE EXPERIENCIA EN LA PROMOCION DE LA INDUSTRIA ESPAÑOLA



Dos veces por día recibía a los periodistas y debía responder sobre preguntas. Hablaba en nombre del presidente, y sólo una vez cometió un error grave: la noticia de la muerte de Trujillo.

tiene límites. Ni su violencia. Por ejemplo, hay muchos norteamericanos que están irritados por las manifestaciones contra la guerra en Vietnam. Pues bien: Wallace no duda en decir: "Si alguien se parase delante de mi coche para protestar contra la guerra en Vietnam sería el último coche ante el que hiciera algo semejante porque lo aplastaría". Logra coaglar a todos los norteamericanos descontentos: y hay muchos.

• ¿Cuál es su pronóstico?

—Si tuviera que apostar ahora, apostaría por míster Nixon. Los últimos sondeos muestran que mi candidato, Humphrey, se halla en situación difícil, pese a que en cierto sentido Wallace le ayuda. No me sorprendería nada que Wallace logre un veinte por ciento, es decir: un voto de cada cinco. Tendrá un cuarenta por ciento de votos en el Sur y entre once y doce en el Norte. En el Norte, cada vez que gane un voto, será a costa del partido republicano de Nixon. Si no cambian las cosas, Nixon será presidente.

Johnson desea la victoria de Nixon

• ¿Podemos hablar ahora de la actitud del propio Johnson? Usted me ha dicho, durante una conversación privada, que a despecho de sus declaraciones recientes y oficiales, el presidente Johnson desea la victoria de Nixon. ¿Esto es tremendo! ¿Me autoriza usted a publicar esta afirmación?

—Por supuesto. Pero una cosa así no puede asombrar más que a quienes no conozcan a Johnson como yo lo conozco. Para el actual presidente, lo esencial es que el futuro retenga su política «pacífica» en Vietnam. Al menos las intenciones pacíficas que ha proclamado. Igual que Lincoln, hace cien años, durante la guerra civil. Si resulta elegido Humphrey, Johnson no excluye que haga la paz, y en ese caso nadie se acordaría ya de él. Si se elige a Nixon, Johnson, con razón o sin ella, excluye la posibilidad de una paz rápida y en ese caso, dentro de unos años, se recordará a Johnson como el hombre que podía evitar el desastre. Deben ustedes comprender que Johnson ha sido atacado desde todos los ángulos a propósito de Vietnam, que su inmenso orgullo está herido y que ya no piensa más que en su reputación. Hoy se defiende, se justifica, argumenta, dice todo lo que piensa sobre todos los temas, sin preocuparse de que puede perjudicar a Humphrey.

• Es una acusación muy dura, pero he conocido muy bien al presidente Johnson, he trabajado para él, y debo decir que he sido una de las pocas personas que haya previsto en mil novecientos sesenta y siete que Johnson no sería candidato en mil novecientos sesenta y ocho, que dimitiría. Veía que iba a ser derrotado en mil novecientos sesenta y ocho y ha pensado que era mejor para él figurar en los libros de historia como el campeón y no como el derrotado de mil novecientos sesenta y ocho. Y cuando Robert Kennedy apareció en escena tomó su decisión final.

• ¿Existía una gran antipatía personal entre Bob Kennedy y Johnson?

—Sí. No simpatizaban. Yo estaba convencido de que Bob Kennedy iba a ser candidato. Recuerdo una comida con él, en diciembre de mil novecientos sesenta y siete. Yo le había animado a ser candidato. Alguien le dijo: «Plíense usted en su

futuro político. Mil novecientos sesenta y ocho no es el año. Espere usted a mil novecientos sesenta y dos, es más seguro». Y, finalmente, Bob Kennedy respondió: «¡Me importa poco mi futuro político! ¡Norteamérica no puede vivir cuatro años más con Johnson! ¡No puede sobrevivir cuatro años!». Esta idea era verdaderamente la base de su decisión.

¿Robert habría sido elegido

• ¿Cree usted que Bob Kennedy hubiera sido elegido presidente?

—Sin duda alguna: hubiera sido designado y elegido. Comprendí esto la misma noche de las primarias de California. Dos, tres horas antes de su muerte hablé con él y le dije: «Esto está ganado!».

• Era verdaderamente un fenómeno en la vida política norteamericana. Tenía muchas de las cualidades de su hermano, pero también muchas otras. Estaba metido en los problemas de los Estados Unidos y contaba —una palabra que se emplea mal ahora en Norteamérica— con la «credibilidad» de los jóvenes, de los pobres, de los negros, de los indios, de los mejicanos. Le creían cuando decía que iba a hacer algo. Actualmente ocurre algo terrible en Norteamérica: no se cree ya al gobierno.

• Bob —y mido mis palabras— era un «revolucionario». He leído una entrevista, publicada después de su muerte, en la que un periodista le preguntaba de qué lado estaría si fuera ciudadano de América Latina. Respondía: "Estaría con Che Guevara". No le he oído decir esto, pero pienso que lo ha dicho: estaba en su línea.

• En Europa tenía más bien la reputación de ser un profesional de la política.

—No he conocido una reputación más alejada de la realidad que la de Bob Kennedy. Me ha decepcionado lo que se ha escrito en Europa sobre Bob Kennedy, incluso por aquellos que se llamaban amigos suyos. Ustedes no le han comprendido. En absoluto. Si afirmo que le hubieran elegido presidente es porque en Norteamérica se empezaba por fin a comprender quién era y lo que decía. No tenía la facilidad de su hermano John. Teddy la tiene. Durante su campaña, Bob estaba siempre un tanto nervioso. Era la primera gran campaña electoral que llevaba a cabo para sí mismo. Había sido candidato en Nueva York, pero era otra cosa; ahora era candidato nacional. Su derrota en las primarias de Oregón le ayudó considerablemente en California. Perdió igual que ganó porque era un hombre con mucha «clase»: sabía ganar y sabía perder. La última semana de las primarias de California estaba completamente tranquilo: la gente estaba con él. Dos semanas después iban a ser las primarias de Nueva York, que hubiera ganado con amplio margen.

• ¿Usted estaba con Bob Kennedy minutos antes de que lo asesinasen?

—Sí, estaba en la misma habitación que él. Yo tenía una pequeña oficina de prensa que daba a la cocina en que lo asesinaron. Fui uno de los primeros que estuvieron junto a él, y yo fui quien llamó a los médicos. Después le seguí al hospital, y la señora Kennedy envió a mi mujer y al cosmonauta John Glenn al hotel para que dieran a los niños que su padre había sido asesinado.

HABLA EL "HOMBRE DE LOS KENNEDY"

Estaban durmiendo y les dejaron dormir hasta el día siguiente: cuando se despertaron se lo dijeron. Era imposible creérselo. Después de lo de Dallas parecía imposible. Una vez es mucho, pero dos veces es monstruoso.

• De momento, ¿creyó usted que saldría con vida?

—Posiblemente, durante algunos instantes conservé la esperanza, pero, ¿sabe usted?, ya no hablaba —se dijo que hablaba, pero no hablaba— y una hora después de llegar al hospital, ya no se trataba de saber si iba a vivir, sino solamente de saber cuánto tiempo iba a tardar en morir. Los funerales del senador fueron algo asombroso: miles y miles de personas se aglomeraban a lo largo del recorrido del tren entre Washington y Nueva York. Con Kennedy estaba el pueblo, los pobres, los negros. Siempre he pensado que es un poco triste que ya casi no se tome el tren en Norteamérica, porque los trenes recorren los barrios pobres y, si se va en tren, se recuerda que existen pobres en ese país rico, pero cuando se toman aviones, de Nueva York a Los Angeles, por ejemplo, no se ve nada desde treinta y cinco mil pies, no se ve a los pobres.

• Pero ese día, desde aquel tren, se les veía, se pasaba por sus barrios, y allí estaban con sus pancartas: "Adios, Bob...", y era algo inolvidable.

• Cuando asesinaron al pastor Martin Luther King, ¿cómo reaccionó Bob Kennedy?

—Yo estaba con él en Indianapolis cuando se enteró del asesinato. Tenía que pronunciar un discurso aquella misma tarde en un barrio negro. Había, por lo menos, cinco mil negros esperándole, y no sabían que el pastor King había muerto. En el coche tratamos de redactarle algunas líneas, pero no quiso. Esperábamos disturbios. Llegó y dijo: «Estoy seguro de que muchos de vosotros odiáis a los blancos porque un blanco ha matado al pastor King, pero puedo decirles que también un blanco mató a alguien muy unido a mí. Ahora volvamos a casa y oremos por el pastor». Se dispersaron todos. Aquella noche hubo muchos motines en muchas ciudades, pero no hubo ninguno en Indianapolis.

• ¿Temía que lo matasen?

—No. Sabía que alguien intentaría, ciertamente, algo, se lo habían dicho, pero sólo llevaba un guardaespaldas, y decía: «Para hacer verdaderamente política hay que estar con el pueblo, hay que verlo, hay que estar a su lado. No se puede ir de base militar en base militar... como hace ahora el presidente Johnson».

• Diez días antes de su asesinato estuvimos comiendo con Romain Gary. Se habló abiertamente del tema. Romain Gary decía que estaba seguro de que alguien intentaría matar al senador. Bob respondió que lo sabía, pero que ser presidente era un juego de azar: se llegaba o no se llegaba. Su hermano también lo sabía. Yo hablé varias veces de este tema con John Kennedy. Pese a los hombres del servicio secreto que le rodeaban, siempre decía que si alguien quería matar a un presidente bastaba con que estuviera dispuesto a perder la vida. Tenía razón.

de acuerdo con el informe warren

• ¿Están llevando bien la investigación sobre el asesinato de Bob Kennedy?

—Tengo la impresión de que sí, y por eso nunca he dicho nada sobre este tema. Tengo confianza en el departamento de policía de Los Angeles y en el fiscal del distrito. Pienso que el proceso se celebrará en octubre. Entonces veremos.

• ¿Qué piensa usted de la comisión Warren?

—Siempre he sostenido el informe Warren. Siempre he pensado que Oswald era verdaderamente el hombre que mató al presidente, que lo mató solo. Y luego, tras la muerte de Bob Kennedy, comencé a dudar. Sin embargo, no tengo informaciones. Sólo puedo decir que no tengo ninguna confianza en ese señor Garrison. También Bob Kennedy pensaba que las conclusiones del informe Warren eran justas. Durante la campaña le preguntaron qué haría si era elegido presidente, si volvería a abrir el sumario. Respondió: «No, porque estoy convencido de que Oswald es el hombre que mató a mi hermano». Hay algo que se olvida cuando se habla del informe Warren, y es que Bob era ministro de Justicia en aquella época y que vio toda la documentación sobre el tema

Terlenka®

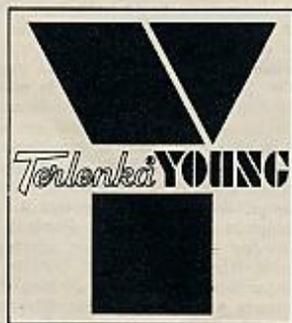
YOUNG



La moda que imponen los jóvenes

La elegancia masculina entra a un ritmo joven. TERLENKA YOUNG es una moda atractiva, internacional y un punto atrevida. TERLENKA YOUNG es un nuevo estilo de moda que imponen los jóvenes. TERLENKA YOUNG abre una nueva era en el vestir del hombre.

Lo más nuevo en el vestir lleva esta nueva etiqueta



reunida por el F. B. I. Yo he pensado siempre que si hubiera abrigado la menor duda hubiera actuado. Comprendo que aquí, en Europa, nadie crea en el Informe Warren. Es una cuestión de temperamento.

• Quizá. Pero si aquí hay muchas personas que no creen en el Informe Warren, en Norteamérica, por el contrario, hay demasiadas que han aceptado sumisamente la tesis oficial...

—Ya no. Actualmente hay ya más del cincuenta por ciento de norteamericanos que no creen en el Informe Warren. El último sondeo data de hace unos seis meses.

• El asesinato de Bob Kennedy, ¿fue para usted un «shock» tan grande como el de John Kennedy?

—Yo estaba mucho más unido a Bob que al presidente. Yo era verdaderamente un amigo íntimo de Bob Kennedy; le conocía desde hacía mucho tiempo: él fue quien me hizo trabajar con John Kennedy. Le conocí en Washington, en 1956, cuando yo era periodista. En aquella época trabajaba para un semanario que ha desaparecido, «Collier's». Yo acababa de hacer una investigación durante cinco meses acerca del patrón de los sindicatos de camioneros, Jimmy Hoffa. Cuando lei en un periódico que Bob Kennedy había sido nombrado jefe de una comisión de investigación del Senado sobre los sindicatos norteamericanos fui a verle para preguntarle cuándo iba a comenzar la encuesta, con el fin de empezar a publicar mis artículos en el mismo momento. Pasé dos horas con él y no tuve la oportunidad de hacerla una sola pregunta: él era quien las hacía todas. Quería saber todo lo que yo sabía.

• Al día siguiente de que «Collier's» dejase de aparecer, en diciembre de 1956, Bob Kennedy me telefonó para preguntarme qué iba a hacer con toda mi documentación sobre Hoffa. Fui bastante evasivo. Seis semanas después, nuevo telefonazo. «Empezamos la investigación dentro de dos semanas: ¿quiere usted trabajar para mí?». Respondí que de acuerdo. Ese mismo día fui a Washington. Era el 14 de febrero de 1957. Me propuso ir a cenar a su casa y, en el coche, me dijo: «¿Sabe usted? He cometido un error contratándole. Todos los puestos de investigadores de este comité corresponden a ex agentes del F. B. I., a ex agentes de la C. I. A. ¡Nunca ha habido un periodista en él!». Yo respondí que un periodista podía hacerlo tan bien como un ex agente del F. B. I. Durante la cena me preguntó qué quería beber. «Un poco de vino tinto», dije. Me respondió que jamás había bebido una gota de vino en su casa. Afortunadamente, yo tenía en mi coche, y lo fui a buscar. Pasamos una velada formidable.

• Al día siguiente empecé a trabajar. Una visita a Jimmy Hoffa. Me había entrevistado con él en tanto que periodista, y nos habíamos entendido muy bien. No le gustaba que yo hiciera una encuesta, pero había cooperado bastante. Esta vez, yo estaba frente a él con un papel del gobierno que me autorizaba a pedirle todos los «dossiers», todos sus libros de cuentas. Temblaba de rabia. Me miró con sus ojos penetrantes y me dijo: «Someday, I'll get you» («Cualquier día me las pagarás»). Dos años más tarde, en septiembre de 1959, John Kennedy me anunció que se presentaba a las elecciones, y me propuso que trabajase en su campaña.

• ¿Qué pensaba usted, en aquella época, del «clan Kennedy», del mito Kennedy?

—Primeramente, cuando el senador John Kennedy era miembro de la comisión para la que trabajaba Bob, lo que me chocó fue que era superior a los demás miembros de la comisión: conocía los temas, los preparaba, hacía las preguntas más inteligentes. Su vitalidad, su juventud, su apertura de espíritu me hacían pensar que representaba una nueva dirección en la política norteamericana. Y, sin embargo, yo había trabajado para Stevenson, en mil novecientos cincuenta y dos y mil novecientos cincuenta y seis, y me parecía seguro que se iba a volver a presentar en mil novecientos sesenta. Los intelectuales estaban contra Kennedy... Y luego, en octubre de mil novecientos cincuenta y nueve, salí de Washington por vez primera con John Kennedy, que iniciaba su campaña, y, al cabo de una semana, yo estaba absolutamente convencido de que aquel hombre iba a ser presidente. Llegué a escribir varias cartas a algunos amigos diciéndoles: «He pasado esta semana con el futuro presidente de los Estados Unidos». Me llamaron loco.

• La primera vez que estuve con toda la familia reunida fue con motivo del setenta aniversario de Joe Kennedy. Bob me pidió que le sugiriese alguna idea para un regalo «diferente» a su padre (que tenía todo lo que se pueda imaginar). Le propuse que encargase un álbum fotográfico extraordinario de su familia y le pidió a Jack Lowe, un fotógrafo norteamericano que actualmente vive en París, que se ocupase de ello. El álbum no

HABLA EL "HOMBRE DE LOS KENNEDY"



En 1961, con el presidente Kennedy y Andrew T. Hatcher, colaborador de la campaña electoral en California.

estuvo terminado hasta el día del aniversario. Bob, que se hallaba ya en Hyannis Port, me pidió que le llevase el álbum y que me quedase durante el «weekend». Era la primera vez que veía a la familia entera. Y yo, que jamás he tenido gran afición hacia las actividades deportivas, pasé los dos días más agotadores de mi vida: fútbol, natación... Eran realmente asombrosos.

• ¿Cómo era el padre?

—Un tipo formidable, muy directo. Yo no le conocí cuando era, según se decía, un pirata de Wall Street, pero cuando llegué a conocerlo...

• No era solamente un pirata de Wall Street, sino embajador en Londres durante la guerra. Y muy discutido...

—Sí... Cuando le conocí yo, antes de que comenzara su enfermedad, en mil novecientos sesenta y uno—sesenta y dos, era un hombre formidable. Es evidente que deseaba que su hijo llegara a ser elegido presidente. Era muy considerado con los que trabajaban con él, con los que le ayudaban en su campaña presidencial; me telefoneaba con frecuencia para enterarse de la marcha de la campaña. Cuando yo le comunicaba que existía alguna dificultad, prefería una obscenidad y colgaba el teléfono.

• ¿En qué términos se manifestaba la competición familiar?

—Se trata de una competición de altura, que, ciertamente, existe. En esta familia se permite cometer un error, pero no cometer una estupidez. Se puede cometer un error, naturalmente, pero sólo una vez.

La muerte de Trujillo

• Después de la elección de John Kennedy, ¿cuáles fueron exactamente sus funciones?

—Secretario de prensa, lo cual consistía en dirigir el servicio de información de la Casa Blanca y llevar el servicio de coordinación con los servicios de prensa de todos los ministerios. Con ello se trata de evitar meteduras de pata, como la cometida en mil novecientos sesenta durante la crisis del U2, cuando cuatro ministerios dieron cuatro versiones distintas en cuarenta y ocho horas. El presidente daba una conferencia de prensa cada diez días, aproximadamente, y yo daba dos por día, una a las once de la mañana y otra a las cuatro de la tarde; en ellas comunicaba informaciones sobre las actividades del presidente, sobre las personalidades que le visitaban, y durante ellas yo tenía que responder a las preguntas que se me plantearan sobre cualquier tema. Así pues, dos veces por día me visitaban de cien a ciento cincuenta periodistas, y esto era bastante peligroso, ya que no podía hablar por mí mismo, sino en nombre del presidente de los Estados Unidos.

• Mi único error, terrible coladura, fue cuando anuncié, en París, en mil novecientos sesenta y uno, el asesinato de Rafael Trujillo. Es una historia bastante curiosa. El presidente había ido al Quai d'Orsay y yo me encontraba en el hotel Crillon con los periodistas. En ese momento me telefonea desde Washington uno de los ayudantes del presidente —no diré quién—, y me dice simplemente: «Dean Rusk no va mañana». Le pregunto por qué y me responde: «Por el asesinato de Trujillo», en un tono muy natural, como si se tratara de una vieja noticia.

• Estaba a punto de vestirme para la fiesta que De Gaulle iba a ofrecer aquella noche al presidente Kennedy en el Eliseo. Al salir, paso por la sala de conferencias reservada a la prensa; me abordan los periodistas y me hacen algunas preguntas, no muy importantes, pero uno de ellos dice: «¿Cuándo llega Dean Rusk?». «Mañana, no, desde luego —respondió—, debido a los acontecimientos de la República Dominicana». Para entonces me he embalado ya y añado: «El asesinato del presidente Trujillo». Caigo en la cuenta que acabo de anunciar el asesinato del presidente Trujillo. Casi fui derribado al suelo por los periodistas cuando se lanzaron hacia las cabinas telefónicas.

• En el Quai d'Orsay encuentro al presidente un tanto malhumorado; no recuerdo exactamente si me trató de idiota, y luego añadió: «¿Tiene alguna otra información? Posiblemente Trujillo no haya muerto...». Le respondo: «Señor presidente, si Trujillo no ha muerto, será yo el que muera». Durante la cena, uno de los maîtres del hotel vino a buscarme; Rusk me llamaba desde Washington. Aullaba, aullaba de tal forma, que hubiera podido oírle sin necesidad del teléfono. Los periódicos americanos habían sacado una edición especial dando en grandes titulares: «Salinger dice que Trujillo ha sido asesinado». Luego, hacia las once, el gobierno dominicano anuncia la muerte de Trujillo. Al día siguiente, se comentaba en La Habana que yo había organizado el asesinato de Trujillo. La razón era clara: yo había dado la noticia antes que nadie.

La invasión de Cuba

• A propósito de Cuba y de errores, ¿cómo fue lo de Bahía de Cochinos?

—Este fue un error de John Kennedy. Un error de criterio seguido de un tremendo error de la C. I. A., que pensaba que con un millar de cubanos antifidelistas se provocaría una revolución contra Castro. No calcularon bien el dominio de Castro sobre el pueblo cubano. Se ha discutido mucho a propósito del envío de aviones americanos que deberían sostener la invasión de las cubanos, pero yo leí los mensajes secretos entre el presidente y el equipo cubano, en los que se decía: «Por última vez les digo que no tendrán aviones americanos; quiero que comprendan de una vez esto. ¿Creen que pueden llevar a cabo la invasión sin aviones americanos?». La respuesta estaba redactada en los siguientes términos: «No tendremos problemas, incluso sin aviones».

• ¿Tiene realmente tanta importancia la prensa en Estados Unidos?

—La información televisada, mucho más que la escrita. Los políticos americanos no han tomado aún conciencia de lo que representa esta relación entre opinión pública y gobierno. Pondré como ejemplo la guerra de Vietnam. La guerra de Vietnam es realmente la primera guerra que se da a dieciocho mil kilómetros de un país y que puede verse todas las noches, en color. Se contempla la muerte de hijos, padres, hermanos, y esto explica, en parte, por qué la opinión pública americana ha sido muy dura respecto a la guerra de Vietnam y por qué es muy difícil que un presidente de los Estados Unidos haga una política distinta. Ahora bien, la televisión —por otra parte, libre— no refleja la verdad sobre Vietnam, ya que, por razones profesionales, las emisiones muestran siempre las escenas más dramáticas. Lo mismo sucede en todos los campos: las revueltas negras, la convención de Chicago. De esta forma, la gente se forma la opinión por lo que ve, sin reflexionar nunca y sin intentar hacer una síntesis. A causa de estas simplificaciones tienen éxitos políticos como Reagan o Wallace.

• ¿Cuánto cuestan los espacios de televisión a un político?

—Le voy a poner mi ejemplo: durante mi propia campaña senatorial, en mil novecientos sesenta y cuatro, gasté dos millones de dólares (ciento cuarenta millones de pesetas); la mitad fue en espacios de televisión. Veinte segundos cuestan dos mil quinientos dólares (ciento setenta y cinco mil pesetas) en una gran cadena de Los Angeles. Una emisión de media hora, como la de Wallace de hace dos semanas, que fue dada por las tres grandes cadenas americanas, cuesta doscientos cincuenta mil dólares (diecisiete millones y medio de pesetas).

• Después de su fracaso en las elecciones senatoriales de mil novecientos sesenta y cuatro, ¿volverá a presentarse?

—No, no pienso. Pero la política me apasiona, y estoy dispuesto a ayudar a Ted Kennedy si quiere presentarse en mil novecientos setenta y dos. Estoy seguro que lo deseará. Ayer hablé con él por teléfono. Todo marcha perfectamente. ■ Entrevista de PIERRE BLEU.